

# Cuatro poemas

A Álvaro

## Los dioses que protegen a Belzoond *(Lord Dunsany)*

**S**í sabemos —como el capitán del cuento—  
que hay otras cosas: altos dioses mayores.  
Pero ¿dónde están? ¿en qué remoto  
lugar, pues nunca los sentimos ni los vemos?  
Hermoso sería que ellos guiaran nuestras  
vidas, que nos tutelasen y protegieran,  
y en nuestro andar brotase su armonía...  
Hermoso fuera si compusieran ellos  
el cuadro del vivir, y tocasen su orquesta  
con acorde perfecto. Más ¿sentís vosotros  
su mano o su luz? Yo —como el capitán—  
percibo desdichadamente lejos, muy lejos,  
a tan altos dioses mayores. Y la vida  
se me torna, por ello, acedía y miseria.  
¿Quién destruye el mundo? ¿Por qué  
dejamos que prosperen basura y cieno?  
Creo, sin embargo, en los dioses menores.  
Esa multitud de efimeros divinos  
cuyas manos siento, y el sonsonete  
tan dulce de su risa... Ellos transforman  
en vino rojo la noche maldecida,  
y en el instante más hondo aparecen  
de unos ojos azules y la cálida  
posibilidad de la aventura. Ellos trastornan  
el aire una mañana, y lo vuelven plata;  
ellos te elevan y sostienen para que no  
decaigas, y en el peor momento, cuando  
no puedes más, notas su carne, y al oído

susurran: *Sigue, sigue...* Los dioses menores  
nada arreglan, pues no alcanzan. Y hay que  
pensar que sufren también con las imperfecciones.  
Pero en ciertos minutos pueden incendiar  
la realidad, y hacer surgir la magia  
donde era el desierto. Con milagrosas máscaras  
teatralizan y adornan, prometen la utopía,  
seducen al amor, calientan las pasiones  
fugitivas, y echan todo a volar  
como gaviotas locas, y hay bengalas y guiños,  
aunque de repente —al poco— se detenga la música.  
Benditos dioses menores, que no  
engañáis con ello, pues que no hubo promesas  
ni exigencia. Por el aire volando como  
un sonido indócil, como agreste chirimía  
en la noche del arte, al cruzar los dedos  
de improviso os contemplamos, sonreís y sois,  
y como el rostro de un muchacho que  
descubre el amor, pensamos entonces que todo es  
bello, y que todo vivirá eternamente.  
Cual en una fábula sin telón.  
Como los castillos de una tabla flamenca...

## Platón

Amó el amor y amó la belleza:  
Apasionada, loca, absurda, quiméricamente.  
Pero al fin de su vida era un viejo amargado,  
que tras mucha piedra en el camino,  
soñaba en dioses leves de ayer  
y en imponer al hoy estricta disciplina.  
No es arduo entender a ese viejo lunático:  
¡Ahí estaba la vida!  
Y él soñó una vida más pasional y exacta.  
¡Ahí flotaba la luz!  
Y él llenó su sonido de significados.  
De la carne hizo un templo, de la juventud  
un raro gamo alado;  
del entender el mundo, una caverna  
plena de genios y sonidos y sistros de mirada...  
Invicto sol, justiciero sol era la tierra.  
Mataron a Sócrates. El amor no fue carne.

Se tornaron aire los días y las copas y sus ojos,  
 y vio odio, violencia, temible miedo,  
 palabras oscuras que pueden apenas pronunciarse.  
 Gente que busca y no halla.  
 Imposibilidad, carencia, fuerte dolor. Miseria del alma.  
 ¿Cómo no sentir lo tremendo del hombre,  
 su muy pobre nada?  
 ¿Fracasa la realidad o fracasamos nosotros?  
 Quizá tuvieron razón los cínicos, perros callejeros...  
 Él construyó en la mente una perfecta fortaleza  
 y odió el resto. Sí, odió la vida por su inexistencia.  
 Soñaba un líquido oro, hubo un campo de piedras.  
 El hombre vil, absurdo, traicionero, mezquino  
 ¡qué lejos está del hombre!  
 De jóvenes de su juventud hizo un ídolo lejos.  
 No quiso a la tierra llamarle tierra.  
 Cerró las puertas. Se tornó visionario y severo.  
 ¡Todavía no existe el hombre!  
 La vida está remota de la vida.  
 Todo joven sol es futuro en metáfora.  
 El sueño sólo y el deseo me defiendan.

## Felipe II

No te entendieron. Fue tu historia una historia de fe.  
*Mi reino no es de este mundo* —habías oído—  
 y pensaste que esa fe, la creencia, lo que se pide  
 a quien vive su idea, sería responder *amén*.  
 Elevar el reino de Dios en la Tierra,  
 anticipando la futura plenitud del Espíritu...  
 Quisiste un país lleno de llamas vivas,  
 ardiendo en fiebre desde su nacimiento,  
 un reino de espadas heroicas hasta la sangre última,  
 de ascetas absolutos en un claustro de oro,  
 de ígnea disciplina y sentidos tan tensos  
 que brotarían flores de mística locura...  
 Visionarios, santos, conquistadores, eremitas, penitentes,  
 hombres nacidos para Dios e impacientes de hallarlo  
 y fundirse con él: *Muero porque no muero*.  
 Seres embrujados que viven fuera del Orden de la naturaleza.  
 Todo un país delirando divinidad —esto es, absoluto—  
 y aborreciendo la tierra y su mentira.

¿Hubo jamás espectáculo tan alto, tan digno, tan quimérico?  
 Tú fuiste más allá que Luis de Baviera;  
*más lejos*, el lema que heredaste y diste cuerpo.  
 Es cierto que ello causó terror e injusticia  
 a quienes no supieron o no quisieron.  
 Y la sangre —culpable— hace que tus compatriotas  
 renieguen aún de ti, rey de lo absolutamente perfecto.  
 ¡Idiotas! Si hubiésemos seguido tu ley,  
 si hubiésemos andando tu sendero,  
 España sería hoy el mundo todo  
 o el resto calcinado de una gigantesca hoguera.  
 Porque envueltos todos en delirio de amor,  
 en místicos arrobos, en batallas de Dios a través de tus tercios,  
 en puñales de rosas y lirios como espadas,  
 vueltos combustión, ardencia, éxtasis, lujuria  
 que deshace el cuerpo,  
 habríamos abandonado el mundo,  
 abjurado del maldito barro,  
 y cometido —plenamente felices, benditos hijos de Dios,  
 de un Dios que merezca ese nombre—  
 el más hermoso, el más osado suicidio colectivo de la Historia.  
 Eras la mano de la Muerte,  
 la mano de la sola verdad. Eras *real*. No, no te entendieron.

## Autoepitafio (Gérard de Nerval)

Tremendamente alegre vivía muchos días  
 enamorado del amor y la altiva belleza.  
 O soñador sombrío y melancólico,  
 hijo predilecto de la absurda Quimera.  
 Llamaron otro día a la puerta. Era la Muerte.  
 Alegremente le pidió esperar, para poner el punto  
 a lo que estaba haciendo. Y luego se echó en cama,  
 sin inmutarse, triste, y le temblaba el cuerpo.  
 Fue siempre perezoso. A escribir prefería la vida.  
 Bailaba por las noches imaginando libros.  
 Quiso saberlo todo, pero supo bien poco.  
 Cuando esa noche de invierno, cansado,  
 muy cansado, le raptaron el alma, cerró la puerta  
 y dijo: ¿Hola? ¿Adiós? ¿Para qué habré venido?

**Luis Antonio de Villena**